
EL HORNERO

REVISTA DE ORNITOLOGÍA NEOTROPICAL



Establecida en 1917
ISSN 0073-3407

Publicada por Aves Argentinas/Asociación Ornitológica del Plata
Buenos Aires, Argentina

El "Caburé" *Glaucidium nanum* (King). Raro caso de mimetismo Koslowsky, J. 1919

Cita: Koslowsky, J. (1919) El "Caburé" *Glaucidium nanum* (King). Raro caso de mimetismo. *Hornero* 001 (04) : 229-235

« EL CABURÉ » GLAUCIDIUM NANUM (KING)
RARO CASO DE MIMETISMO

POR

JULIO KOSLOWSKY

El «caburé», o el «caaureí» de los paraguayos, es un género famoso de la familia de las lechuzas.

Sobre el pequeño representante de esta clase de aves, consideradas por sus hábitos como una familia algo misteriosa y agorera, corren muchas leyendas y cuentos que se narran en todas partes (sobre todo en el Brasil, el Paraguay y nuestra República); los que son de una índole más bien legendaria y curiosa, no como los de sabor más lúgubre sobre las especies mayores y gigantes de la familia, que llevan una vida nocturna, y cuyo aspecto bastante singular provoca toda clase de conjeturas y sospechas, según las cuales resultan capaces de toda iniquidad (y los que no reparando en su nefando instinto se encargan de los augurios funestos que llevan hasta al género humano).—El «caburé» que lleva una vida más bien diurna y la lechucita de las vizcacheras (*Speotyto cunicularia*), no participan, por esta misma razón, de tan mala fama como los otros representantes de la familia; y apesar de que en proporción a su pequeño tamaño es el primero, tan diablo como sus parientes más grandes, a los que talvez supera, sus hazañas se narran con un colorido más bien entretenido, exento del carácter trágico que se nota en los demás; similares a los cuentos existentes en el viejo mundo.

Sin embargo, hay algo de particular respecto al «caburé», y es que los representantes del género *Glaucidium* poseen un dibujo singular en la parte posterior de la cabeza o región occipital, que cuando el plumaje se halla erizado, representa una cara de lechuza, con la expresión genuina de la familia, correspondiente al género *Strix*.—La cara aparente está formada por el fuerte contraste del colorido de las plumas, las que son negras, en dos centros que convergen hacia abajo alargados en punta, bordeados y separados por una hilera de plumas blancas, que

los aislan del fondo o colorido general, el que es de un color quemado o rojizo, según la especie y la edad del individuo. La imitación es tan perfecta y se asemeja por los colores de tal suerte al género *Asio*, que induce a que se le tome por la verdadera cara, no estándose enterado de esta particularidad, porque la cara aparente posee contrastes más fuertes que la natural, y por eso se destacan más los contornos cuyo dibujo da al animalito una expresión mucho más cercana de la perteneciente a la lechuza típica, que la que posee la cara verdadera, en la cual no aparecen fuertes contrastes y cuya forma corresponde más bien al carácter propio de algunos géneros de la familia de los halcones, que al de los *Strix* o lechuzas.

Es más que evidente que semejante propiedad ha desempeñado siempre un papel importanté en todo lo que se relaciona con el «caburé».

Como la cara desaparece cuando el plumaje se alisa, no es de extrañar que nadie hasta ahora se haya dado cuenta de tan curiosa propiedad de esta célebre lechucita.

Descubrí esta singular particularidad en el año 1893, cuando hallándome en Descalvados, en la provincia de Matto Grosso (Brasil), compré entre otros animales vivos, un «caburé» *Glaucidium brasilianum* (GM.) de los indios Guatós, el que, completamente manso, vivió, dentro de mi cuarto de trabajo, en plena libertad.

Hallándose la avecita una tarde descansando, con las plumas erizadas, sobre una percha, noté una expresión extraña de su cara que me llamó la atención. Acercándome lo suficiente descubrí que era una cara simulada y no la verdadera, y que había dado con una simulación de las más raras y perfectas que se conocen en la naturaleza, por lo menos entre las aves, con el nombre de mimetismo (mimicry); pero en este caso, de una índole más singular que los conocidos bajo esta denominación. Pues las simulaciones generalmente conocidas son imitaciones de otros seres u objetos de diversa índole, que les sirven como una especie de protección para sustraerse así más fácilmente a la persecución de sus enemigos, mientras que aquí se trata de una ostentación de la legi-



EL "CABURÉ" (*Glaucidium nanum*)
Visto del dorso con la cara mimética en la nuca.

EL "CABURÉ" visto de frente.

timidad de la naturaleza y de los rasgos más peculiares de la familia a la cual se pertenece.

Esto admite diversas interpretaciones.

Es muy posible que esta simulación sirva de protección al pequeño «caburé», contra pájaros más fuertes y agresivos, los que creyéndose observados por él, no lo atacan.

También es muy probable, si no seguro, que esta apariencia provoca la ira de los pequeños pajaritos que por su imprudencia son víctimas del «caburé», los que en lugar de alejarse del peligro manifiestan su enojo y desagrado contra el nefasto enemigo por una vociferación llamativa; acercándose más al peligro con el aumento de su indignación, y siendo el de ira más ciega la víctima primera. Es sabido que todas las lechuzas atraen durante el día la persecución de los otros pájaros contra ellas, inclusive las aves de rapiña.

La cara simulada alcanzará, sin duda alguna, varios propósitos según las circunstancias, y es además un ejemplo de los más elocuentes, que los fenómenos de esta índole, comprendidos bajo el nombre de mimetismo, no se pueden explicar siempre con la teoría de la selección y hábitos adquiridos por influjo del ambiente y de sus condiciones imperiosas, dentro del cual viven y existen los seres provistos de las ventajas de la simulación natural y de las cuales son inconscientes, por lo menos mientras sacan ventaja de ellas y viven dentro de la forma precisa, en la cual se manifiestan; y eso con más razón, cuando el beneficiado ni siquiera puede contemplar este don en sí mismo, como sucede con la mayor parte, si no con todos, y singularmente en el caso del «caburé», donde la ventaja se halla sustraída a su vista, colocada en la parte posterior de la cabeza o sea en la región occipital de ella, pero donde a pesar de todo no deja sin duda alguna de ejercer su propósito, tan bien, como si el dueño estuviera en plena conciencia del alcance de este recurso.

¿Cómo se quiere en este caso aplicar la selección y la creación paulatina hasta la perfecta expresión de la forma característica del género *Strix* de las lechuzas? ¿Cuando principió a manifestarse esta intención y de qué duración fué el perio-

do de tiempo empleado para llegar a este perfecto resultado?

Adjudicar estos fenómenos a la casualidad sería el colmo de lo absurdo, porque el propósito está bien a la vista y el fin que se persigue muy a sabiendas del inteligente poder, que con el mayor orden en la ejecución alcanza a realizar cualquier objeto para un fin ulterior y lo que está demasiado claramente expresado en toda la naturaleza; no importa qué nombre se le dé; porque siempre esta inteligente y omnipotente energía ha sido y es la creadora de todos los objetos, y el orden manifiesta su intervención en todo lo creado, sea visible o invisible para nosotros, y eso en todo el universo.

Los fenómenos del mimetismo, si son verdaderas imitaciones de objetos y aspectos existentes, lo son también intentados y originados por la misma energía consciente y por supuesto viva, que pone el orden y realiza sus propósitos en y con cualquier otro objeto de la naturaleza, de igual modo como proporciona y origina cualquier organismo y órgano si con eso quiere realizar un propósito; ¿por qué extrañar entonces, las ventajas que constituyen el mimetismo?

La teoría de la selección o del Darwinismo que en ciertos casos son aplicables a fenómenos originados por un ambiente preciso, y que son siempre de un orden secundario por más notorios que sean, no podría aplicarse en estos casos de que tratamos; y si el Darwinismo es aplicable solamente con mucha cautela en los casos que admiten la suposición de una selección libre de la intervención del hombre, es más que temerario recurrir a las teorías de Haeckel y sus secuaces los utopistas del Darwinismo, que no llegan a concebir que la intención es anterior a su realización y que el constructor de algo es cosa aparte de lo construido, viva dentro o fuera de su obra. Por lo tanto, es menester comprender los propósitos de la energía consciente e inteligente para reconocer las consecuencias, y no recurrir solamente al producto, que en general mudo e inconsciente, cumple su destino, ageno a cualquier criterio. La mayoría de las teorías modernas se basan solamente en el producto inerte y nie-

ga la energía consciente y previsora anterior a las cosas. Es justamente por eso que la materia no puede explicar por sí misma su variada existencia, por ser sólo una consecuencia de un principio independiente de ella, que con ella se manifiesta. Al fin, el perfecto y maravilloso orden en todas las cosas de la naturaleza, que impone una obligación, e indica siempre un propósito y un fin ulterior, y que además correlaciona sistemáticamente todo lo existente entre sí, es consecuencia imprescindible únicamente de un raciocinio y de una idea; lo que es percibido en su verdadera importancia por muy pocos observadores, apesar de que es el más pronunciado indicio que tenemos y el que afirma y clama sin cesar como un fiel y leal testigo por la veracidad de la existencia de un principio inteligente, que es origen de todo orden y su organización, y que en sí constituye también el único monismo verdadero y posible; no el inventado por Haeckel, que dice nació en la ínfima monera, sino el que llena el infinito espacio y que crea universos y también moneras insignificantes para halagar a los cerebros de igual condición con algo importante para ellos.

En todos los tratados científicos, sean de enseñanza inferior o universitaria, no importa de qué ramo o disciplina sean, se afirma siempre con mucha erudición que las ruedas de la carreta trituran la tierra, pero nunca se hace en ellos mención de los bueyes que mueven la carreta. Por esta causa todo el mundo contempla estupefacto cómo es posible que el edificio social y político en todas partes del orbe se halla tan fácilmente en zozobra y que cada ráfaga de viento lo inclina por su lado, y que además la carreta no marcha.

¡Es así, pues, por qué el edificio carece ya de un fundamento y que por descuido los carreros se quedaron sin bueyes, desviando demasiado su atención hacia otras cosas que les parecían más interesantes que éstas, y ahora no hay con qué reconstruir sus cimientos!

En la antigüedad las lechuzas eran el símbolo de la penetración del criterio, por la propiedad de sus ojos que les permite ver también en la oscuridad; por eso la diosa Pallas Ate-

ne está representada generalmente acompañada siempre por una lechuza; por qué a la diosa de la sabiduría, entre otros atributos, se adjudicaban los ojos del ave por su inteligencia despejada; por eso los griegos llamaban a menudo a Atene simplemente la *glaukopis*. La apariencia de la lechuza fué interpretada como augurio de suerte, sobre todo en Atenas, pero por su vida nocturna, fué considerada en otras partes como anunciadora de calamidades. Posteriormente, el arte de la era cristiana simbolizaba con su figura la falsa sabiduría y lo insensato.

Nuestro «caburé» parece ser creado expresamente para servir de símbolo para muchas cosas por sus dos caras, de las cuales una tiene vista verdadera y la otra aparenta ver; intérpretes fieles de la filosofía y de la sofística. Pero como la cara aparente posee más expresión original por sus más fuertes contrastes, que la verdadera, llama aquella más la atención e impresiona más fácilmente a los inexpertos de su círculo, que engañados por las apariencias caen víctimas de su error.

Lo mismo sucede con las teorías de los falsos profetas, que ostentando sabiduría y erudición, seducen con la elocuencia de lo nuevo, y con la ficticia interpretación de ciertas apariencias en la naturaleza; pero como desgraciadamente parten de una base falsa, no hacen más que inmenso daño con sus doctrinas faltas de verdad; las que sin una base sólida y verídica se prestan para que sus adeptos y secuaces cometan toda clase de aberraciones, alejándose en lo absurdo hasta regiones insospechables.

Desprovistos de concepto para la comprensión de verdades profundas, son víctimas y partidarios acérrimos de la insensatez y del «cabureo» de sus sofismas.

Pero como muchas otras cosas, también ellos se asemejan al «caburé» porque llevan, como el «caburé», su verdadera característica, también inconscientes como éste, a la vista; por cuyos rasgos el experto pronto les conoce su verdadera inclinación y naturaleza, muy en contra de su propia voluntad.

La lámina que ilustra esta nota procede de una fotografía

que tomara de un «caburé» (y que es un *Glaucidium nanum*), en la cordillera de los Andes del Chubut, al norte del lago Buenos Aires, en el año 1898, durante un día de invierno. Cacé el ejemplar de un tiro, preparado a propósito para no estropearle mucho; y como el «caburé» fué solamente herido, me proporcionó la ocasión deseada, de fijar la cara simulada fotográficamente en su posición natural y en un ejemplar vivo, exento de cualquier arreglo y artificio. Colocado el «caburé» sobre un arbolito del Nirri (especie de *Fagus*) cuyas ramitas conservaban los cristales de la escarcha, no tardó en tomar la posición del descanso, erizando su plumaje, con lo que apareció la cara mimética en toda su nitidez. El ejemplar visto de frente en el rincón de la lámina procede de una buena ilustración de la obra Crawshay, «The Birds of Tierra del Fuego». London, 1907.

La fotografía demuestra claramente el fenómeno tratado, y así recomiendo al famoso «caburé» como un símbolo y emblema para muchas aplicaciones, y que en cierto grado puede servir como un signo de nuestros tiempos.

Buenos Aires, Junio 14 de 1919.
